

Reflexiones en torno a la ciencia, el capitalismo y la cárcel

por Yamil Rojo¹

“Quien fracasa en la sociedad neoliberal del rendimiento se hace a sí mismo responsable y se avergüenza, en lugar de poner en duda a la sociedad o al sistema”².

Introducción

Los siguientes pensamientos constan de hipótesis provisionarias de lectura y trabajo en desarrollo. Aproximaciones que no buscan el lugar “privilegiado” de verdad absoluta, sino juicios arbitrarios que se saben y asumen como tales.

Las bases culturales e ideológicas del derecho penal, el absolutismo intelectual que lo condujo durante siglos, comenzó una época de decadencia producto del ejercicio de la crítica, la cual desde una pretendida perspectiva antiesencialista cuestiona los fundamentos del conocimiento, de la verdad y el saber.

Al erosionarse las certidumbres, las apelaciones a lo perteneciente o relativo al objeto en sí mismo, pronto pudieron desenmascarse y dejaron a la vista su esencia, expresiones de la voluntad subjetiva de quien las realizaba.

La racionalidad así, paradigma filosófico triunfante desde el siglo XVII en adelante, oculta engendrar la privación de libertad de las personas, ofreciendo a cambio diversas estructuras de confort intelectual y sensorial, logrando de manera óptima su único cometido, preservar el statu quo.

No se percibe la contradicción de nuestra sociedad moderna, que su racionalidad es irracional, por lograr anestesiar de manera general el ejercicio de nuestra crítica y hacernos creer que todo lo que ocurre en el espacio exterior a nosotros está justificado. Nos imposibilita acceder a los soportes de los hechos por no advertir la razón falaz que los domina convirtiendo en axioma su discurso.

Uno de estos dogmas, el uso de la cárcel, lo intentaré impeler para contribuir a su derribo.

¹ Abogado de la Universidad de Buenos Aires.

² Byung-Chul Han, *Psicopolítica*, Herder, Barcelona, 2014, pp. 10.

Breve recorrido histórico de la ciencia moderna

En el mundo occidental, a partir de siglo XV, se edificó un modelo de ciencia con aspiraciones objetivas y racionales, que trató de “imitar la mecánica, seguir la metodología y buscar leyes para todo, desde la biología hasta el arte de gobernar³”. Este modelo heroico de ciencia logró imponerse a la tradición y al clero debido a los aportes Copérnico, Kepler, Galileo, Descartes y Newton, quien con la publicación de sus Principia, en 1687, dió iniciación a la ciencia moderna.

Su índole práctica y la visible prosperidad ocasionada al modelo económico y cultural industrial, funcionó como auto legitimante de las supuestas verdades absolutas a las que arribaron con su aplicación.

Siguiendo a Newton, el tiempo comenzó a ser visto -y llega así hasta nuestro días- como una única, extensa, universal y laboriosa secuencia lineal cuyo destino era el progreso -no ya la salvación-, y al ser predecible y controlable se intentó aplicar a los diversos pueblos coloniales en la era imperial.

La aparición del romanticismo y su interés por lo particular, lo propio de cada individuo, pueblo y cultura, en contraposición a la ciencia heroica y su hombre universal, hizo vibrar las bases del racionalismo clásico, a causa de que si cada pueblo poseía una razón de ser y un periodo de tiempo independiente de los demás, se obstaculizaría mensurarlos con el mismo criterio de razón y hacer valer la ficticia superioridad.

Por un lado, la creación de los nacionalismos aportó a la solución de dicho problema. El sentimiento de identidad junto a la invención de la tradición generó lazos directos entre las potencias imperialistas y los pueblos originarios. Por otro lado, sustrajeron hábilmente de los discursos las ideas que buscaron alumbrar las sombras que rodearon desde un comienzo a la novedosa democracia naciente. Los intereses materiales de los propietarios de grandes extensiones de terreno y el caciquismo imperante, el modo de producción esclavista y la privación violenta de derechos a los grupos humanos descendientes de culturas precolombinas no son más que algunos pocos ejemplos de dicha barbarie.

Luego de varias décadas, la dialéctica naturaleza femenina y científico masculino neutral e imparcial distante del poder, y la necesaria sumisión de la primera -entendida en sentido

³ Appleby, Hunt y Jacob, “El modelo heroico de ciencia”, en La verdad sobre la historia, Andrés Bello, Barcelona, 1998, pp. 27.

amplio- a aquel, funcionó como un mito que empezó a resquebrajarse en el siglo XX con la aparición intimidante de la energía nuclear.

Crítica posmoderna a la ciencia

Pero no fue hasta la aparición de los críticos posmodernos que se produjo el apogeo sobre la controversia acerca de la neutralidad de la ciencia y la puesta en duda de sus cimientos epistemológicos. Intentaron tumbar el concepto de objetividad y la noción de una estabilidad del lenguaje.

Entre aquellos autores se encuentran Derrida y Foucault, ambos negadores de la posibilidad de representar de manera objetiva los acontecimientos y hechos que pertenecen al tiempo pasado, y por tanto de la verdad, vista por ellos como una mera estrategia llevada a cabo mediando el discurso. El sistema de signos que utiliza el ser humano para comunicarse le impide alcanzarla y la realidad así vista es fruto del lenguaje.

Nietzsche por su parte sostuvo que el conocimiento no es connatural al ser humano, “no está en absoluto inscrito en la naturaleza humana⁴”, sino que es una invención del intelecto, y la manera correcta de abordarlo es penetrar en las continuas relaciones de lucha y poder, por eso, de igual manera que Thuillier y Foucault, para ellos la ciencia moderna está caracterizada por “el deseo de dominar, explotar, de manipular⁵”.

Otro de los filósofos que vituperó a la razón de nuestra sociedad fue Marcuse, quien partiendo de las enseñanzas de Marx, Hegel, Freud y la escuela de Frankfurt, acusó a la lógica formal de generar un velo que imposibilita ver la opresión, el dominio y la manera totalizante de actuar de nuestra sociedad tecnificada. Esta sumisión al orden existente que ocasiona lo que la modernidad aceptó como razón, se consiguió y sigue perfeccionándose gracias a las diversas estructuras de confort intelectual y sensorial que nos ofrece el modelo capitalista, logrando solapar la ausencia de libertad de los seres humanos. Existe una incompatibilidad entre el ser y lo que se manifiesta en la realidad material.

La explicación a esta dominación racional tecnológica que nos da Marcuse consiste en que el modelo industrial logró integrar todas las dimensiones de la existencia, creando así una

⁴ Foucault, La verdad y las formas jurídicas, primera conferencia, Gedisa, Barcelona, 1985, pp. 7.

⁵ Thuillier, La trastienda del sabio, Hachette, Barcelona, 1993, pp 41.

sociedad unidimensional compuesta también por la oposición extrema, pero persuadiéndola a perseguir el mismo objetivo, conservar el statu quo⁶. Fervientemente afirma que “ante las características totalitarias de esta sociedad, no puede sostenerse la noción tradicional de la neutralidad de la tecnología. La tecnología como tal no puede ser separada del empleo que se hace de ella; la sociedad tecnológica es un sistema de dominación que opera ya en el concepto y la construcción de las técnicas⁷”.

La sociedad crea al hombre unidimensional, cuyas necesidades no son propias sino las que el sistema le adopta tener. Este sujeto busca constantemente saciar la sed de consumo, sed no inherente a su legítimo ser, además del miedo a hacer real su libertad. La paradoja de esta situación es que al no percibirlo, el hombre unidimensional no va a reclamar por la irracionalidad de su racionalidad, postura tampoco fomentada por las instituciones que lo someten creadas por el sistema.

El sistema capitalista como productor de subjetividades

Marx y Marcuse acertadamente observaron que el modelo capitalista de producción, además de fabricar los productos, configura a los sujetos de dichos objetos. Los consumidores obtienen así una idea falsa de necesidad y al cubrirla homologan su satisfacción con la libertad que desconocen perder. Pero el problema radica en que el actual precariado no es el proletariado necesitado de reconocimiento de derechos al que se dirigía Marx. La dominación hábilmente dejó de ser violenta y las necesidades extremas por las que luchaban se mitigaron, dejando al exterior de los pensamientos el deseo de una revolución.

Así las cosas, la segunda naturaleza que creó la sociedad logró imponerse y estructuró desde afuera el interior de los sujetos.

Desde esta perspectiva, “la ciencia ha perdido su inocencia... (puesto que)... el barniz científico encubría un despiadado afán de lucro⁸”. El lenguaje anti dialéctico del discurso decreta hechos y en ausencia de diálogo los acepta como válidos.

⁶ Marcuse, El hombre unidimensional, Planeta, Barcelona 1985, p. 22.

⁷ Ibídem, p. 26.

⁸ Appleby, Hunt y Jacob, Op cit, pps. 28, 34.

El mundo tecnificado, producto del avance capitalista sobre la psique, fue objeto de estudio por Heidegger en su búsqueda del ser. El filósofo más influyente del siglo XX analizó metafísicamente la relación existente entre el ser humano, el ser y la técnica.

Partió por considerar a la técnica como una actividad elemental propia de las personas, que han utilizado desde el principio de los tiempos para lograr satisfacer sus necesidades y ajustarse al entorno que las rodeaba. Esto lo lleva a considerar a la técnica como inherente al ser humano, lugar que no ocupa la tecnología por requerir continuamente una exégesis de su función transformadora de la naturaleza de los objetos, utilizando la ciencia de la técnica, pero “la técnica no es lo mismo que la esencia de la técnica (y por tanto) la esencia de la técnica tampoco es en manera alguna nada técnico⁹”.

La imposición del hombre a la naturaleza por medio de la técnica moderna, acusación explícita entre otros por la corriente existencialista de Sartre, tiene en miras el progreso y el bienestar, conjugándose con el ideal antropocentrista y el meditado proceso de deshumanización.

Así las cosas, la técnica moderna en una práctica totalitaria desplaza a las personas de su auténtica esencia hacia una nueva, un artificio que modela nuestra existencia. Existencia vivida y asumida como consustancial a nosotros, pensándonos seres libres, sin advertir que nuestra libertad nunca llegó a materializarse.

En su duplicidad funcional, la técnica moderna se nos presenta como el mecanismo a través del cual podemos alcanzar la desocultación del ser, pero verdaderamente su esencia como imposición realiza lo opuesto.

Otro de los autores que se opuso al modelo progresista producto de la ilustración y el posterior positivismo fue Benjamin, quien vió en esta sociedad tecnológica con apariencia de bienestar, un proyecto llevado adelante para controlar, dominar y hacer que los humanos no reconozcan su propio yo. Esta visión de las personas como simples piezas del mecanismo tecnológico social fue una de las razones que motivó a Freud a preguntarse “¿para qué esta larga vida, si acaba resultando tan penosa, carente de alegrías y tan llena de sufrimientos que sólo podemos dar la bienvenida a la muerte como una liberación?¹⁰”.

⁹ Heidegger, La pregunta por la técnica. Ediciones Folio S.A, Barcelona, 2007, pp. 9.

¹⁰ Freud, El malestar en la cultura, Omegalfa, 2010, pp. 30.

Kant, Foucault y la ilustración

El filósofo prusiano consideraba que la ilustración iba a poder liberar al hombre de su estado de minoría de edad, entendido este como la incapacidad de poder servirse de su propio entendimiento, sino a través de la guía de otro. Al ser la culpa de uno mismo encontrarse en este estado -excepto defectos del entendimiento- de manera entusiasta proclamaba “¡Ten el valor de servirte de tu propia razón! Esta es la divisa de la ilustración”¹¹.

En su carácter de defensor de la razón, vió que la misma nos brinda conocimientos a priori, necesarios, verdaderos y universales, además de ser auto impositiva con sus límites, llamados por él límites de nuestro conocimiento objetivo.

Pero Foucault, muchos años después, realizó una doble lectura del fenómeno de la ilustración¹². Consiste por un lado, en el movimiento intelectual y cultural inaugurador de la modernidad europea originado en el siglo XVIII y, por otro lado, en una herencia para el mundo actual, que comprende la posibilidad de establecer una relación crítica con el pasado y el presente. Esta segunda acepción es la que le interesa analizar al filósofo francés, y sostiene que hay que dejar de lado la piedad doctrinaria de quienes pretenden mantener indemne y perdurable en el tiempo la herencia de la ilustración, pero sí se debe preservar su actitud reflexiva y crítica, la cual demanda un análisis al sujeto sobre sí mismo, es decir, una impiedad de estilo nietzscheano que estriba en reivindicar el legado ilustrado de carácter crítico para carcomer sus propios y venerados contenidos doctrinales.

Crisis de la prisión y dialéctica cárcel capitalismo

Como demuestra el análisis genealógico hecho por Foucault¹³, desde la aparición misma en la edad moderna, últimas décadas del siglo XVIII, hasta la actualidad, la historia de la prisión es la crónica de una aparente permanente crisis.

Aparente porque su función latente no se inscribe en el control de la criminalidad y la rehabilitación de quienes no respetan la ley, sino que su objetivo primordial es la

¹¹ Kant, ¿Qué es la Ilustración?, en Filosofía de la Historia, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2000, pp. 25.

¹² Foucault, “¿Qué es la ilustración?”, La piqueta, Madrid, 1996, p. 80-81.

¹³ Foucault, Vigilar y castigar, siglo XXI, Madrid, 1990, p. 236.

organización y distribución de los transgresores, diferenciando -con una perspectiva discriminatoria que defiende y mantiene las diferencias entre las clases sociales- que ámbitos de la sociedad deben estar sometidos a la constante vigilancia y sometimiento y cuáles quedan por fuera de este control.

En las últimas décadas, los autores conservadores hicieron hincapié en el erróneo entendimiento de las causas del delito, y por ende buscar una resocialización no es compatible con la realidad, siendo que la misma muestra que se debe aplicar más severidad en los castigos y así lograr reducir los delitos garantizando la seguridad en la población. En cambio, desde la perspectiva radical se entendió que la institución carcelaria debía ser superada por contrariar los ideales derivados de los derechos humanos y la consiguiente dignidad de las personas sometidas a prisión, como también que la búsqueda resocialización como fundamento de la cárcel era imposible pragmáticamente de realizar por resultar incompatible rehabilitar a una persona para socializar según los valores de la sociedad en el exterior encerrándola en el interior de un recinto de sufrimiento.

Según marca la experiencia, es claro que la posición conservadora logró imponerse a la radical, siendo que esta última propugnaba por la progresiva marginación y posterior desaparición de la prisión. Entre estos filósofos se encontraba Foucault, quien consideraba que la cárcel al ser una expresión de poder centrada en el cuerpo y en demasía espectacular, estaba dejando de ser funcional al poder de turno. Por eso, creía que las sanciones futuras iban a ser más discretas pasando de la penalidad sobre el cuerpo a la subjetividad o captura del espíritu, continuando una evolución en el tiempo.

Esta transformación comenzó -tomando la clasificación de Deleuze- con las sociedades de soberanía, forma de gobierno imperante hasta el inicio de la modernidad que buscaba desarrollar mecanismos para perpetuarse en el ejercicio del poder, donde reinaba el suplicio en una penalidad destructiva dramática, y los fines del control ejercido por los estados absolutistas se enfocaban más a disponer sobre la muerte que a realizar una administración sobre la vida de las personas, y así en vez de tener en miras producir se optaba por destruir. Luego, en los siglos XIX y XX fue el turno de las sociedades disciplinarias. Siguiendo a Foucault, en este tipo de sociedad no reina la lógica garantista derivada del estado de derecho, sino que, son poseedoras de una nueva tecnología de poder guiada por la modificación del espíritu y del cuerpo, además de su sujeción.

Esta modificación constante y gradual del cuerpo mediante su entrenamiento y temporalización junto a la del espíritu produce una normalización en el comportamiento de los individuos, haciéndolos manejables y a su vez provechosos.

El sistema puede lograr su cometido mediante las llamadas instituciones de normalización de conducta, que son entre otras, la propia familia, la escuela, el trabajo, el hospital psiquiátrico, y la que nos ocupa en esta ocasión, la cárcel. Todas ellas trabajan en conjunto, bajo parámetros de verdad absoluta incuestionables, vigilando e inspeccionando, y ante el menor desvío del patrón buscado de conducta aplican sanciones para lograr la corrección en el sujeto.

El planteamiento disciplinario se dirige así a administrar la población y el territorio teniendo en miras los flujos productivos para maximizar las potencialidades productivas, y la prisión lo consigue temporalizando la vida de las personas según el parámetro del aparato productivo capitalista, controlando el cuerpo para dejen el ocio y se transformen en fuerza de trabajo para ser integrados posteriormente -si es que ya no fueron explotados laboralmente dentro de la cárcel-.

Foucault detiene su análisis acá pero Deleuze va más allá y nos habla de una tercer forma de gobierno, la sociedad del control¹⁴, la cual tiene su hegemonía en contemporaneidad a nosotros. Según él, esta sociedad surge a causa de la crisis producida en las instituciones de encierro, de la cual no pueden recuperarse sino adaptarse a la misma hasta que aparezca un nuevo paradigma junto a otro dispositivo de control. Esta crisis produce que en la actualidad el control hacia las personas no se ejerza únicamente en los lugares cerrados determinados, sino que el mismo se esparce por todos los ámbitos de la sociedad dentro de dispositivos de control permanentes.

Así entendido, el control que se ejerce sobre las personas pasa de ser un medio que persigue normalizar las subjetividades a convertirse en un fin en sí mismo, e induce a los sujetos a ser partícipes activos de esta vigilancia sobre sus pares.

En estas sociedades del riesgo, el poder de policía se disemina en la población y es conducido en gran medida por la constante sensación de inseguridad que exhiben los medios de comunicación.

Un autor coetáneo a nosotros que analizó la cuestión de los dispositivos de control es Agamben, quien realizó una genealogía etimológica del término dispositivo, para luego

¹⁴ Deleuze, Conversaciones, Pre-Textos, Valencia, 1995, pps. 273 - 285.

analizar su significado, la problemática que encierra en el presente, y los cursos a seguir para revertir dicha situación¹⁵.

Foucault definió el término indicando que es un mecanismo cuya función es alterar el estado de cosas de un área en un momento determinado, y por su parte el filósofo italiano generaliza el concepto, siendo cualquier cosa que de algún modo tenga la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes. Estas sustancias -siguiendo la metafísica de Aristóteles- son captadas asiduamente por los dispositivos, los cuales mediante un proceso de subjetivación crean su propio sujeto, y acá radica la problemática que nombre anteriormente. Los dispositivos no solo nos muestran la posibilidad de alterar el estado de cosas actual, sino que culminan configurando a los propios sujetos.

El autor hace referencia al capitalismo, y como debido a la docilidad de los seres se colman todos los ámbitos de dispositivos, creándose subjetividades tan divididas que en vez de suponer procesos de subjetivación ocasionan procesos de desubjetivación, creando al final el interrogante ¿qué somos?.

Una posible solución que da Agamben es a través de la contraposición entre sacrificio y profanación, debido a que si el primero en el espacio teológico es el dispositivo mediante el cual algo pasa de la esfera de lo profano a lo sagrado, la profanación sería el contradispositivo que posibilitaría devolverle al mundo corriente aquello arrebatado.

En el caso del dispositivo cárcel, este está incluido dentro de una red de dispositivos con una función estratégica concreta, en donde se potencian mutuamente. Nos hemos dejado mansamente capturar, escindir, modelar, en una determinada relación de fuerza, y la aparente salida es profanar los dispositivos represivos.

Debido a la crisis de este dispositivo, la transición que se busca producir con la nueva utilización del mismo -y digo transición ya que los dispositivos no son reemplazados por otros, sino que entre ellos, los actuales y los que están por entrar en escena, se integran dentro de la red- no hace más que generar una nueva configuración de la red mayor que se establece entre discurso, cosa y sujeto, con elementos nuevos que condicionan y articulan las subjetividades operando de la misma forma que el dispositivo anterior.

Este nuevo intento de profanación tampoco es libre, sino que responde a otros componentes arquitectónicos, culturales, discursivos o no, que forman parte de otro dispositivo que

¹⁵ Agamben, ¿Qué es un dispositivo?, Anagrama, Barcelona, 2015.

construyen formas de pensar, actitudes y demás en el sujeto que intenta librarse del dispositivo.

Lo dicho anteriormente se entiende si se considera que aún profanando elementos de un dispositivo no hay posibilidad real de estar fuera de las redes, por estar estas en todas partes, incorporadas a nuestros cuerpos, y justamente desde esa abstracción que observa pero no se deja observar es desde donde ejecuta su dominación de control.

Conclusión

La ciencia de la economía política de los cuerpos utilizando a la verdad absoluta como sustento, racionalizó el uso de la prisión mediante criterios de castigo, resocializadores y ahora peligrosistas, inocuidadores. Poco importa la declaración formal. Si se pretende deslegitimar su uso para avanzar hacia el estado de derecho ideal hay que impugnar su función real.

Si el cambio de paradigma hizo que se deje a los sujetos vivir, no era más que un maquillaje racional para poner en marcha el aparato productivo. El recluso “quedó rebajado a mercancía, a la más miserable de todas...¹⁶”, y la cárcel desde entonces cumplió el rol de un dispositivo cruel que almacena y produce nuevas subjetividades a quienes constituyen un peligro para la sociedad racionalizada.

La razón perseguida con el ideal rehabilitador consiguió sustento en el siglo XX debido al modelo de estado de bienestar, donde por un lado se entendía que la transformación en la sociedad junto a la expansión de la economía iban a lograr hacer aminorar los delitos, como también que el estado en su figura paternal de la sociedad debía vigilar y castigar a los que transgredían las leyes, pero el infractor no era visto sólo como un sujeto culpable, sino además necesitado de la asistencia estatal.

Pero en la actualidad esas ideas no encuentran apoyo, a causa de que el discurso mediático y el oportunismo político hacen uso de la posverdad produciendo en la maleable subjetividad humana apoyo a la inflación y expansión penal, y se culmina apreciando a la cárcel como la única solución racional a sus sensaciones de riesgo e inseguridad.

¹⁶ Marx, Manuscritos Económicos y filosóficos de 1844, primer manuscrito, Colihue, Buenos Aires, 2004, pp. 54.

La narrativa basada en la racional mentira emotiva también favorece esa visión a causa de haber normalizado la exclusión social por sobre la inclusión de las personas, haciendo ver desde una perspectiva meritocrática que estos últimos sujetos son los únicos responsables de su condición.

Como bien señala Zaffaroni, “la actual polarización de riqueza tiende a configurar sociedades en las que –si bien no desaparece– pierde importancia la relación entre explotador y explotado (dialéctica propia del capitalismo productivo: no hay explotador sin explotado), pues se polariza ahora prioritariamente entre incluido y excluido (que no es dialéctica, porque el incluido no necesita del excluido), propia del capitalismo financiero que somete y condiciona al productivo”¹⁷. A esto se le suma que estos estados ausentes social y económicamente pero muy robustos penalmente, regidos por el capitalismo financiero aprendieron a convertir en utilidad los excedentes, y entre ellos cabe agregar a los humanos excluidos del sistema. La pequeña delincuencia y los sujetos de barrios carenciados son los habitués a estas cárceles de la miseria¹⁸.

Todas las contradicciones del sistema expuestas hasta acá, por si mismas no van a producir algún cambio en el estado de cosas actual, sino que es necesario una subversión en el pensamiento de los sujetos. Pero no va a realizarse mientras no tengan la necesidad de este cambio, por tanto, parece primordial desde una perspectiva crítica comenzar por producir nuevas necesidades no condicionadas por dispositivos de control.

Puede que esto sea ilusorio por ser imposible escapar de dichos dispositivos, a los cuales servimos voluntariamente. Puede que nuestra libertad no sea más que un ideal al que nunca logremos alcanzar. Aún así, exige el pensamiento independiente criticar esta racionalidad irracional acrítica, utilizando a la razón para desmentirse, porque las ideas son más fuertes que todos los poderes empíricos¹⁹.

¹⁷ Zaffaroni, Dias dos Santos, La nueva crítica criminológica, Grupo Editorial Ibañez, Bogotá, 2019, pp. 46.

¹⁸ Wacquant, Las cárceles de la miseria, Manantial, Buenos Aires, 2004.

¹⁹ Husserl, Invitación a la fenomenología, Paidós, Barcelona, 1992, pp. 85.

Bibliografía

- Agamben, ¿Qué es un dispositivo?, Anagrama, Barcelona, 2015.
- Appleby, Hunt y Jacob, “El modelo heroico de ciencia”, en La verdad sobre la historia, Andrés Bello, Barcelona, 1998.
- Benjamin, Tesis de filosofía de la historia, Taurus, Madrid, 1973.
- Byung-Chul Han, Psicopolítica, Herder, Barcelona, 2014.
- Deleuze, Conversaciones, Pre-Textos, Valencia, 1995.
- De Giorgi, El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud, Traficantes de Sueños, Madrid, 2006.
- Foucault, La verdad y las formas jurídicas, Gedisa, Barcelona, 1985.
Vigilar y castigar, siglo XXI, Madrid, 1990.
“¿Qué es la ilustración?”, La piqueta, Madrid, 1996.
- Freud, El malestar en la cultura, Omegalfa, 2010.
- Heidegger, Ser y tiempo, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- La pregunta por la técnica. Ediciones Folio S.A, Barcelona, 2007.
- Horkheimer, Adorno, Dialéctica de la ilustración: fragmentos filosóficos, Trotta, Madrid, 1998.
- Husserl, Invitación a la fenomenología, Paidós, Barcelona, 1992.
- Kant, Filosofía de la Historia, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2000.
Fundamentación de la metafísica de las costumbres, Las Cuarenta, Buenos Aires, 2012.
- Marcuse, El hombre unidimensional, Planeta, Barcelona 1985.
- Marx, Manuscritos Económicos y filosóficos de 1844, Colihue, Buenos Aires, 2004.
- Sartre, El Existencialismo es un Humanismo, Edhasa, Barcelona, 1999.
- Thuillier, La trastienda del sabio, Hachette, Barcelona, 1993.
- Zaffaroni, Dias dos Santos, La nueva crítica criminológica, Grupo Editorial Ibañez, Bogotá, 2019.
- Wacquant, Las cárceles de la miseria, Manantial, Buenos Aires, 2004.